

# Pataletas históricas

**S**ERGIO Villalobos ha descendido de su sitial de profesor universitario y renovador de la Historia de Chile, se ha echado al suelo, y ha tenido una pataleta (QUE PASA N° 498).

Este tipo de arrebatos sorprende a algunos lectores, divierte a otros, y todavía, en un tercer grupo, produce esa compleja sensación conocida como "vergüenza ajena".

Contándome entre los lectores del tercer grupo, bien quisiera yo dar vuelta la hoja sobre la pataleta. Pero desgraciadamente no puedo: ella aporta a nuestra polémica un elemento de juicio capital. A saber: la desatada odiosidad de Villalobos contra Jaime Eyzaguirre.

Es imposible haber acumulado contra Eyzaguirre tantas nimiedades —pero nimiedades malevolentes— como las invocadas por Villalobos. Que Eyzaguirre cuando joven firmaba "Jaime Eyzaguirre y Gutiérrez" (QUE PASA N° 491). Que incluso firmaba "Jaime de Eyzaguirre y Gutiérrez" (N° 498). Que hizo un árbol genealógico de su hijo. Que lo condecoró Franco. Que era admirador de la dictadura de éste, y de la de Primo de Rivera. Que no escribió sobre sus antepasados judíos. Que redactó pero no publicó un "extenso artículo" sobre sus antecesores Gutiérrez (con esto Villalobos, asomándose a un mundo para él desconocido, quiere insinuar que los Gutiérrez eran menos "bien" que los Eyzaguirre. ¿Cómo se reirán las viejas señoras santiaguinas que verdaderamente saben de estas cosas!). Que su "método barroco", "hincha las frases, rebusca palabras altisonantes y acude a las emociones líricas sin tocar en el fondo del pasado", etc.

Particularmente angustioso es el relato que hace el propio Villalobos de una conversación suya con Eyzaguirre "en un pasillo de la Biblioteca Nacional" (QUE PASA N° 498). Reléalo el paciente lector. Allí verá a Jaime Eyzaguirre, con su corazón, como siempre, desbordante de afectuosa confianza, acercarse a Sergio Villalobos y hacerle una confidencia muy profunda, muy personal, abrirle su intimidad. ¿Y Villalobos? ¿Qué pensaba en ese momento? ¿Qué rastro dejaba en su corazón este gesto amistoso del gran maestro? Pues... sólo el sedimento agrio que él mismo narra allí con ingenuidad.

Ahora bien, animadversión tan implacable es además, aparentemente, inexplic-

cable. Que yo sepa, no hubo discordia entre los dos historiadores en vida de Eyzaguirre. Nada le reprochó entonces Villalobos. A Eyzaguirre le oí siempre hablar con respeto de su ahora amargo detractor, y aun alabar entusiastamente un libro suyo ("Comercio y Navegación en el Río de la Plata"). Por lo demás, Eyzaguirre murió hace doce años. Y si, a mayor abundamiento, Villalobos pretende descalificar su obra como sin importancia... ¿por qué esta aversión nimia, despiadada y personal?

La respuesta se halla en la tesis básica que he mantenido durante la polémica, tesis anunciada cuando Sergio Villalobos aún no intervenía en ella (QUE PASA N° 487). "Lo que sucede (dije) es que la aristocracia a la cual pertenecieron Edwards y Eyzaguirre, es absolutamente desconocida, primero, porque está tan muerta, ya, como los gliptodontes, y segundo, porque jamás ha sido estudiada con imparcialidad". "¿Por qué —me preguntaba a renglón seguido— la extinta aristocracia es tan poco conocida?". "Por el encono terrible que esa clase suscitó, con su desdén, en la clase media donde se reclutarían muchos y muy buenos historiadores". Este encono, agrego ahora, es en el fondo una sensación de inseguridad y desarraigo:

"Su temor a merecer el desdénoso epíteto de 'siútico' con que le lapidaban desde arriba, le hizo vivir a menudo en perpetua fuga de su ambiente, en continua negación de sí mismo", escribió Jaime Eyzaguirre, refiriéndose al hombre de clase media de su generación.

Me he acordado mucho de esta inseguridad mediocrática, cuando Sergio Villalobos expresa su temor de que, si se indaga —"en la estirpe de los Villalobos... sus árboles genealógicos tendrían que ser podados drásticamente para lucir con dignidad" (QUE PASA N° 498). No es así. Todos —Villalobos, Viales, Eyzaguirres—, retrocediendo, vamos a dar donde mismo, a los mismos conquistadores, encomenderos, almaceneros, burócratas y "doctores" coloniales, a las mismas mancebas indias y aun a las mismas esclavas negras de la Colonia. Por ello —decía en ese QUE PASA N° 487— "los historiadores futuros podrán mirar con fría objetividad a la aristocracia", liberados de falsos complejos de inferioridad o de superioridad. "Así empezaremos a conocerla". "Pero (concluye)

debemos resignarnos a que algunos de los antiguos (historiadores) continúen teniéndole antipatía a los gliptodontes".

¿Podía sospechar yo que, a tan breve plazo, Sergio Villalobos se encargaría de confirmar estas apreciaciones?

## Inventario de una polémica

Como Villalobos insinúa deseos de retirarse de la polémica, me interesa hacer un recuento del estado en que —a mi juicio— ésta se halla:

1) En primer término, veamos lo que no está en juego.

No están en juego la **Historia del pueblo chileno**, tomo I, de Villalobos, ni los innegables méritos de éste como historiador, ni menos todavía su indiscutible superioridad, en cuanto profesional de una ciencia que domina, sobre el simple amante de la Historia que soy yo.

Tampoco están en juego las teorías e interpretaciones históricas de Villalobos, Alberto Edwards o Eyzaguirre, teorías e interpretaciones muy variadas y sujetas (como todas) a discusión y refutación.

2) Lo que **está** en juego es lo afirmado por Villalobos de que Edwards y Eyzaguirre, debido a ser aristócratas, tuvieron de la Historia de Chile una visión que constituyera una apología de la aristocracia.

No digo que Villalobos afirme precisamente eso en su **Historia**, pues no la he leído. Digo sí que lo ha afirmado en sus artículos de esta revista, y especialmente al solidarizar en forma irrestricta y liviana con el escrito de Lafourcade que abrió la polémica (QUE PASA N° 486).

Cometida esta primera ligereza, Sergio Villalobos ha ido retrocediendo y **ya no queda casi nada** de su tesis original. En efecto, no sostiene ya que Eyzaguirre ni Edwards hayan defendido ciegamente a la aristocracia colonial, ni a la aristocracia de la anarquía, ni a la liberal posterior a los años 60, ni a la parlamentaria... **únicamente habrían sido apologistas de la aristocracia del período pelucón**, o sea, de un lapso de treinta años en ciento cincuenta de vida independiente y en cuatrocientos de existencia nacional.

Respecto del resto de esos siglos, que no sea el período de treinta años pelucón, he comprobado con citas y Villalobos ha reconocido —sea explícitamente, sea callando— que Edwards y Eyzaguirre no fueron panegiristas de la clase dirigente, sino sus críticos (críticos objetivos, claro está; no detractores sistemáticos).

Cabría agregar que ni siquiera ahorraron censuras a la aristocracia de esos tres decenios pelucónes. Me remito a la cita muy terminante que de Eyzaguirre hice sobre este punto (QUE PASA N° 487), sobre la cual guarda Sergio Villalobos mortal silencio. Podría añadir otras, y también de Edwards.

Por último, a nadie escapa que los treinta años pelucones —elogiados por Edwards y Eyzaguirre— fueron el período de menor poder real de la aristocracia, equilibrada en su peso social por el entonces férreo autoritarismo de los presidentes, que murió con la década de Manuel Montt, o sea, junto con dichos decenios. Autoritarismo que encumbraría a personajes meritorios de la empobrecida clase alta de provincias, y aun de la incipiente clase media, en los cuales los mandatarios se apoyaron contra la soberbia aristocracia tradicional.

3) Con lo dicho en el N° 2, nuestra polémica, propiamente, ha terminado.

lismo europeo y de otras corrientes universales de pensamiento, no hispánicas. Le hice ver que no era así, que Eyzaguirre simplemente, reconociendo esa influencia, le había dado su verdadera dimensión. Villalobos ha caído en un discreto silencio sobre este tema, que antes le parecía "el mejor ejemplo de deformación de la Historia" por Eyzaguirre (QUE PASA N° 491).

3.3. Ha imputado Villalobos a Eyzaguirre, en prueba de su presunta visión aristocrática de la Historia, el cultivo de la genealogía. Haciéndole yo notar que ésta era útil como ciencia auxiliar de aquélla, responde que así decían los manuales

## ¿Menosprecio del pueblo?

Y así cabría seguir con otros "colgajos" de la polémica, si el espacio lo permitiese. Queden, pues, en el tintero (o para nueva ocasión) los desesperados esfuerzos de Villalobos dirigidos a disimular su "gaffe" de suponer que Eyzaguirre, con un cuarto de judío, se preocupaba de la "pureza de sangre". O las referencias de un corte político y completamente acientífico, y de un simplismo sorprendente, a las ideas "corporativistas", a las "dictaduras", y a las concepciones "vestustas" o "regresivas" (¿creará Villalobos, todavía, en el progreso indefinido... este año de gracia de 1980?). Pero no puede quedar en el tintero su imputación a Eyzaguirre y a Edwards de "menosprecio por el pueblo".

En el caso de Edwards, la quiere justificar con una, una sola y modesta cita. Y ésta, todavía truncada y fuera de contexto. Ese "proletariado" que obedece "a instintos materialistas de goce y dominación", al "odio y la envidia", es el de la sociedad burguesa, el producido —y ésta es la parte de la cita que Villalobos se salta a la torera— por "las oligarquías... las aristocracias capitalistas e intelectuales dominantes en el siglo XIX". O sea, se trata de una crítica a las clases dirigentes (¡por su pretendido apologista!), en la misma línea de un Recabarren o de un Alejandro Venegas ("Sinceridad"), de los cuales sería facilísimo citar párrafos muy parecidos a los de Edwards que Villalobos cree decisivos para su tesis.

En cuanto a mi maestro y amigo incomparable, de imperecedero recuerdo, Jaime Eyzaguirre, no puede Villalobos, por supuesto, citar ningún texto despreciativo del pueblo. Porque fue Eyzaguirre quien escribió así, muchos, muchos años atrás... cuando algunos historiadores hoy fervorosos amantes de ese pueblo estaban muy calladitos:

"Nuestro concepto (hispanoamericano) de la dignidad del hombre más que nunca hoy es valedero, y son millones los seres que en el ámbito geográfico de nuestra comunidad cultural están reclamando su aplicación. Trabajadores de los cafetales y cauchales, trabajadores de las minas de estaño y de cobre, trabajadores de los pozos petroleros y de la industria agraria, invocan su calidad de hombres y exigen su rehabilitación espiritual y material. Urge volver por nuestra justicia de cepa cristiana y someter a los bienes que se han alzado tiranizando o enloqueciendo a los hombres. Porque como dice León Felipe:

**Hay que salvar al rico, hay que salvarle de la dictadura de su riqueza...**

**Pero también hay que salvar al pobre...**

**Hay que salvar al rico y al pobre.**

**Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el hombre".**



*Jaime Eyzaguirre, en cuya obra histórica hay claros antecedentes de su preocupación por rehabilitar a la clase trabajadora.*

El lector juzgará. Quedan sólo algunos "colgajos", añadidos por Sergio Villalobos, para tapar la desnudez de su argumento central. Los "colgajos" valen tanto como éste. Ejemplos:

3.1. Ha imputado Villalobos a Eyzaguirre menosprecio por los indígenas. Incesantemente le he hecho ver que fue Eyzaguirre, después de Nicolás Palacios, quien primero reivindicó, y como un mérito, el carácter mestizo, o sea, hispano-indio, del pueblo y de la cultura de Chile. Villalobos no responde.

3.2. Ha imputado Villalobos a Eyzaguirre interpretar la emancipación nacional sin considerar la influencia del raciona-

antiguos, pero no los más modernos, los *dernier cri*, que son los que tiene él... Me perdonará Sergio Villalobos, pero estas pequeñas pedanterías universitarias no lo favorecen. ¿Por qué no refutar derechamente los ejemplos que puse? ¿Por qué no decir si un libro genealógico como la "Formación de la Sociedad Chilena", de Thayer, es o no imprescindible para el estudio de la historia colonial? ¿Por qué no explicarnos cómo se puede estudiar la aristocracia chilena, sus alianzas sanguíneas, sus orígenes y solidaridades regionales, o bien familias importantísimas, v.gr., "los Ochocientos", sin ayuda de su genealogía?